

BABÉLICOS Y PRÓDIGOS

Javier GÓMEZ-MONTERO y Víctor BERMÚDEZ, eds., *Entornos de la traducción: poéticas, narrativas, sociedad*. Castrillo de Polvazares, RETCaP (Red Europea de Traductores de Castrillo de los Polvazares), 2021, 300 pp.



Tal vez pudiera llamar la atención en un volumen que recoge testimonios de diversos autores bajo el título de *Entornos de la traducción: poéticas, narrativas, sociedad*, que muy pocas de esas entrevistas aborden de manera explícita el problema de la traducción. Sin embargo, no hay que engañarse: la tarea del traductor no se reduce únicamente a trasladar un texto de una lengua a otra, sino que es preciso, además de conocer los rudimentos y la técnica de dicha tarea, abordarla después de haberse zambullido de lleno en esas realidades que afectan a los textos susceptibles de ser traducidos; es decir, las diferentes poéticas, narrativas y la misma sociedad en la que nacen. Así es como comienza a justificarse un trabajo que ofrece al lector un paseo variado por todos aquellos campos invocados por la traducción y que da voz a autores muy diversos —en algunos casos hasta divergentes— para enriquecer el panorama de todos aquellos interesados en iniciarse —o adelantarse— en el mundo de la traducción literaria.

La estructura del libro es muy sencilla. Tras los preliminares en los que sus editores, Javier Gómez-Montero y Víctor Bermúdez, informan de cómo nació el proyecto a partir de los Encuentros de Traductores y Escritores de Castrillo de los Polvazares (León), y nos introducen en los «entornos de la traducción», respectivamente, aparecen una sección dedicada a la traducción en sí misma y otras tres para cada uno de los temas principales que se leen en el título: poéticas, narrativas y sociedad. En ellas podremos encontrarnos, por ejemplo, a una Clara Janés que comparte sus opiniones en torno a algunos aspectos de su obra u otros como su concepción del ritmo en el poema. Antonio Gamoneda, en sus dos intervenciones en el libro, hace explícita su postura acerca de ciertos asuntos de sociedad que tienen que ver directamente con su manera de concebir la poesía como un acto urgente de comunicación, acto que necesita a un mismo tiempo abarcar lo humano y cargar al lenguaje con una función poética determinada: así, «la palabra coloquial, científica, filosófica... se despoja de su carácter coloquial, científico, filosófico, si realmente adquiere función poética» (Gamoneda, 2021: 124). Y César Antonio Molina insiste en que «en la poesía solo hacemos preguntas. Preguntas, preguntas» (Molina, 2021: 163).

Por otro lado, José María Merino reflexiona acerca de los problemas básicos de la narrativa, como la verosimilitud y la ejemplaridad en la ficción, e incluso el cine tiene cabida en el libro cuando a Chema Sarmiento se le pregunta en torno a su obra y este acaba expresando algo tan sugerente como que «no hay nada como no conocer al otro para tener miedo de él y atribuirle intenciones que no tiene. Cuando conoces al otro es muchísimo más fácil entenderse y poder dialogar cada uno desde su posición» (Sarmiento, 2021: 220); se trata de palabras que, aunque dichas en otro contexto, no son en absoluto ajenas a los intereses de la traducción. Tampoco podrían dejarse aparte las aportaciones de Luis García Montero, para quien la solidaridad y la «imaginación moral» son imprescindibles en poesía, o las reflexiones, más filosóficas, de Javier Gomá Lanzón.

Pero ¿qué puede aportar todo esto —y téngase en cuenta que la enumeración precedente se deja a muchos nombres en el tintero— al eterno problema de la traducción? Como se ha dicho al principio, el título del libro manifiesta claramente su propuesta: se trata de un paseo en los entornos de la traducción. Hay que tener presente lo que hemos comentado si se quiere que las reflexiones en torno a la tarea del traductor cobren un sentido más profundo. Cabe, pues, hacer un repaso de lo que nos ofrecen los reputados traductores que hablan de su oficio en este libro.

Miguel Sáenz, quien ha vertido al español obras de autores en lengua alemana tan célebres como Günter Grass, Bertolt Brecht o Thomas Bernhard, está convencido de que la traducción es fundamental para cimentar la literatura de cualquier lengua, pues, cuando se ha producido con éxito, la obra traducida pasa a formar parte del acervo literario de la lengua de llegada. «A mí me parece», explica, «que la gracia de la traducción es incorporar algo que nunca hubiera introducido un autor de la lengua a la que se traduce. Es decir que Grass no puede escribir como Camilo José Cela, sino que tiene que escribir como Grass escribiendo español» (Sáenz, 2021: 27). Por esa razón, el traductor debe conocer bien al autor de la obra traducida e intentar ir más allá de las simples apariencias del texto para poder ofrecer la traducción exacta. El resultado será muy positivo no solo para los lectores, que acceden así a un texto de otra forma casi inaccesible, sino para la propia lengua de la traducción, que acaba enriqueciéndose.

En esa línea se inscriben las reflexiones de Carlos Fortea, quien asimismo ha traducido a autores de lengua alemana como Stefan Zweig o Alfred Döblin. Él también concluye que una buena traducción se integra en el sistema literario al que llega, pero antes nos regala valiosas reflexiones; para Fortea, el traductor se convierte en un creador de forma inevitable. Y esto se explica debido a la también inevitable ambigüedad de todo texto: en un momento determinado, el traductor debe decidir entre diversas interpretaciones y su decisión acentúa su responsabilidad a la hora de establecer una coherencia tanto en la traducción en su totalidad como con la obra que se traduce. De ahí se llega a la idea del «tono del traductor», con la que Fortea alude a la preocupación constante, en una traducción, por que esta asuma un lenguaje nuevo con el que recibir al lenguaje *extraño*. Por eso el objetivo no estará en la mera literalidad, en la palabra o en la frase aisladas, sino en el texto en su conjunto. El traductor *decide sentidos*, y hace cargo de esa elección al lenguaje que crea para consumarla.

Por otro lado, Jaime Siles no llega a contradecir del todo las ideas de los autores anteriores, pues considera que una traducción se forja como la segunda posibilidad de ser de un texto, pero sí es cierto

que su visión de la labor traductora posee un matiz distinto. Dejémoslo hablar a él directamente: «El gran lector del texto es su traductor, pero creo también que el traductor no debe imponerle su propia voz al texto. No creo en la visibilidad del traductor: la visibilidad debe de ser la del texto y debe reproducir lo más posible lo que son los rasgos estilísticos, la voluntad de estilo, lo que se llama en latín el *usus scribendi* del autor traducido» (Siles, 2021: 67). La tarea del traductor es, diríamos, una *preciosa sutileza*; preciosa, por una parte, en cuanto a que pone en relación al texto traducido con otras obras de la tradición literaria que lo acoge y en cuanto a la nueva vida que le ofrece al texto original; y sutil, por otra parte, porque al traductor no se lo debe notar.

Las afinidades entre autores distintos siempre resultan de interés. En este sentido, Lawrence Schimel, que trabaja en un ámbito y con unos intereses diferentes a los de Miguel Sáenz o Carlos Fortea, considera también que la traducción «es un proceso de reconstruir un texto en el idioma de destino desde el punto de vista de otro escritor» (Shimel, 2021: 79). Para él, la traducción de poesía es la lectura más íntima que puede hacerse de un texto. Así, el traductor, bastante esforzado ya, adquiere la máxima recompensa: su labor supone la inmersión más profunda, el viaje más intenso a los entresijos de un texto.

Han sido numerosas las aproximaciones al eterno problema de la traducción. En su ensayo *Sur la traduction*, Paul Ricœur compendia algunas de las tentativas más señeras de teorización sobre este problema y aporta algunas observaciones personales. Por ejemplo, nos habla de cómo Walter Benjamin, es su célebre *La tarea del traductor (Die Aufgabe des Übersetzers)*, soñó con la traducción perfecta como un ideal por el que merece la pena desvelarse: aunque este ideal, como tal, no sea alcanzable, el traductor que lo tenga en mente habrá llegado más lejos que quien dude de esa hipotética identidad de dos textos en lenguas diferentes. Y también expone la idea central que Georg Steiner presenta en *After Babel*, según la cual el principal objetivo que debe plantearse el traductor es comprender, empaparse lo máximo posible de lo que el texto de partida ofrece para poder dar una versión fiable en el texto de llegada; solo de esta manera podrá afrontarse la enorme dificultad para comunicarnos que nos supone, como humanos, la diversidad de lenguas. A todo esto, Ricœur propone que la traducción es la construcción de lo comparable, una equivalencia sin una exacta identidad para la cual la “hospitalidad lingüística” (como expresa felizmente el filósofo francés) supone un presupuesto básico: es preciso abandonar el pesimismo de la intraducibilidad y *abandonarse* al deseo de traducir, pues la traducción se contempla como una pieza necesaria en la construcción de la fraternidad universal. El debate se demuestra abierto. Por eso cabe destacar que *Entornos de la traducción* ofrece una valiosa oportunidad para asomarnos a ese problema y madurar en perspectivas y aspiraciones. Es probable que después de su lectura el lector se quede con más preguntas que respuestas. Pero ¿qué esfuerzo intelectual se justifica si sofoca todo horizonte de continuidad?

Francisco A. COBO-REYES LENDÍNEZ

Universidad de Salamanca

farcoboreyes@usal.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-1042-9551>